

EL CIELO HABLARA AMERICANO

Nacido en el cerebro del científico-escriptor Arthur Clarke, el satélite geostacionario de telecomunicaciones apareció en 1962 bajo la forma de una pequeña bola de treinta y ocho kilos y medio de peso. El "Telstar" se situó en órbita a 36.000 kilómetros sobre el Atlántico. Al efectuar la vuelta a la tierra en veinticuatro horas y girar en el mismo sentido de la rotación terrestre, el "Telstar" se mantenía inmóvil en apariencia. Así se efectuó la primera transmisión directa de una emisión de TV entre USA y Europa. Se iniciaba un nuevo camino en las comunicaciones. En la fotografía, la primera demostración del satélite, entre Maine y Nueva Jersey.

Los países europeos están librando, en Washington, una batalla decisiva para su independencia. El 24 de febrero, en efecto, se abrió en la capital americana la conferencia del consorcio internacional para las telecomunicaciones, más conocida por el nombre de «Intelsat». En la orden del día está la constitución definitiva del organismo internacional encargado de desarrollar y de explotar la red mundial de telecomunicaciones por satélites. A pesar de los esfuerzos que han realizado desde hace años para escapar al monopolio que detentan los americanos en este terreno, los europeos fueron a la conferencia con las manos prácticamente vacías.

Nacido en el cerebro del científico-escriptor Arthur Clarke, el satélite geostacionario de telecomunicaciones apareció en 1962 bajo la forma de una pequeña bola de treinta y ocho kilos y medio, el «Telstar», puesto en órbita a treinta y seis mil kilómetros sobre el Atlántico. Al efectuar la vuelta a la tierra en veinticuatro horas y girar en el sentido de la rotación terrestre, el «Telstar» estaba, en apariencia, inmóvil en el cielo. El fue quien permitió la primera transmisión directa de una emisión de televisión entre América y Europa. Ante el éxito, América decidió partir a la conquista del mercado mundial de las telecomunicaciones a larga distancia. Al disponer de un monopolio absoluto sobre los satélites y sus lanzadores, propuso a las demás naciones una asociación con vistas a crear una red mundial de comunicaciones por satélites.

UNA NEGATIVA DESDEÑOSA

En 1964 unos cincuenta países decidían la creación de un consorcio: «Intelsat». Las participaciones de los diferentes países miembros serían calculadas según el volumen anual de sus telecomunicaciones nacionales. Los Estados Unidos se encontraron de este modo con una

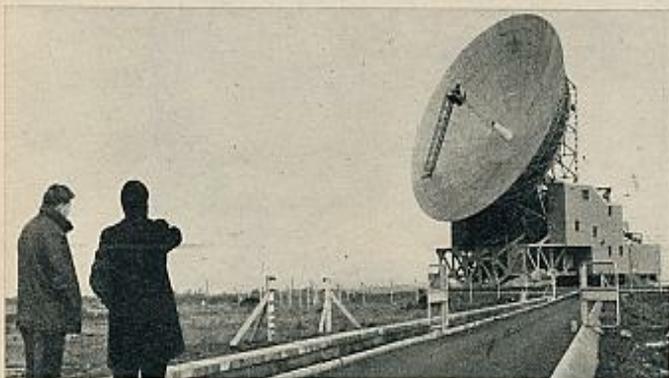
parte de más del 60 % reducida, en la actualidad, al 54 % a raíz de la llegada de nuevos miembros, que les garantizaban el control absoluto del conjunto del sistema. La gestión de la red y su puesta en marcha fueron confiadas a una sociedad privada americana: la Comsat, cuyo presidente fue colocado a la cabeza de «Intelsat». Así los Estados miembros financiarían el estudio y la puesta en funcionamiento de la red de satélites que la Comsat haría realizar por las empresas industriales que deseara. En contrapartida cada país recibiría, como «justa recompensa» de sus inversiones, encargos de material equivalente a la cuantía de su participación.

Con menos del 25 % —7,4 %, Gran Bretaña; 5,4 %, Francia y Alemania Federal— Europa, pues, no tenía voz en el capítulo y se encontraba bajo la autoridad absoluta de los Estados Unidos. La Unión Soviética vio cómo se le ofrecía una parte del 1 %, que rechazó desdenosamente. Unos meses más tarde, el «Molnya 1» constituía el primer eslabón de la red soviética «Orbita». Después del «Early Bird» («Pájaro mañanero»), lanzado en 1965, otros tres satélites, americanos fueron puestos en órbita en 1967. Estos aparatos del tipo «Intelsat II» —240 circuitos telefónicos o un canal de televisión— fueron encargados, en parte, para servir al programa de exploración lunar «Apolo».

Este brillante comienzo demostró que América había dominado la tecnología; quedaba probar la rentabilidad del sistema. La compra de un circuito de cable submarino se amortiza en un año. De modo que la industria de las telecomunicaciones está acostumbrada a los beneficios importantes. Otra cosa ocurre con el espacio. La construcción de un satélite «Intelsat II» cuesta diez millones. Como su potencia de emisión no es suficiente hay que construir una estación en tierra —Pleumeur-Bodou— en cada una de las regiones que desean recibir sus emisiones. Esta estación



En el terreno de las comunicaciones por satélites, Europa está desarmada ante Estados Unidos.



Mil conversaciones y un programa de televisión en color, simultáneamente, podrá transmitir el nuevo satélite "Intelsat III". En la estación británica de Goonhilly se están preparando los nuevos sistemas de antenas.

de amplificación cuesta treinta millones y corre a cargo de los países usuarios. Además, cada país miembro que alquila circuitos de satélites, paga una tasa anual a Intelsat de cien mil francos por circuito. En 1967, Intelsat había gastado noventa millones y percibido ingresos por valor de veinte millones. Pero el mercado de las telecomunicaciones espaciales tiene un índice de expansión anual del 20 %, y la industria americana cree que será rentable en 1980.

Este año, el primer satélite de la nueva serie —ocho ejemplares previstos— ha sido puesto en servicio. Pero ya Hughes y Lockheed han puesto en marcha la próxima serie: «Intelsat IV» (5.000 circuitos telefónicos). Entrará en servicio en 1970.

ALGUNAS CONCESIONES

A los europeos esta multiplicación de las series de satélites les parece un lujo costoso e inútil, que no sirve más que para reforzar el dominio americano sobre la tecnología espacial. Pero hay otras quejas contra el ejecutivo dictatorial de Intelsat. Los encargos prometidos a los europeos son escasos y las inversiones no aprovechan más que a la industria americana. Más aún, la Comsat goza del derecho de veto en materia de telecomunicaciones espaciales y se opone sistemáticamente a los proyectos establecidos a nivel regional.

Esta situación pareció en seguida intolerable a muchos europeos, que decidieron reaccionar. En 1966, diez países de la CETS —Conferencia Europea de las Telecomunicaciones Espaciales— decidieron el estudio de un satélite europeo. Francia, que dirigía la rebelión, se asoció a Alemania para la puesta en marcha del

«Symphonie». El satélite franco-alemán debe permitir conectar a Europa con el África francófona, el Oriente Medio y las Antillas. Se trata del satélite de la francofonía. Los dos ingenios europeos serían colocados en órbita con el enorme cohete «Europa» de la ELDO.

Pero el «Europa» acumula los retrasos y sobrepasa el presupuesto. Gran Bretaña, víctima de dificultades financieras y poco satisfecha de su exclusión del Mercado Común, se retira del proyecto. Es la crisis de 1967. Otros países manifiestan sus vacilaciones, y el frente unido de Europa marcha a la deriva. Es el fracaso.

¿Qué queda hoy de esos esfuerzos en torno al tapete verde de Intelsat? Nada o casi nada.

Ante el poderío americano Europa no puede librar más que un combate de retaguardia. Los Estados Unidos, que ganaron su apuesta de 1962, están dispuestos, por otra parte, a concesiones menores.

Así es como el Comsat propuso reducir la parte americana al 35 %. Intelsat cuenta en la actualidad con sesenta y tres Estados miembros y la sociedad americana propone una redistribución de las partes. Ha propuesto el 13,1 % a Gran Bretaña, el 5 % al Japón y a Italia —que se beneficia del tráfico de las bases americanas y de las de la OTAN— y reduce las partes alemana y francesa a los alrededores del 2 %, al haber perdido Francia el tráfico militar de la OTAN.

Europa desea, sin grandes esperanzas, limitar el poder de la Comsat y obtener más encargos de Intelsat para el material que entra en los satélites y las estaciones de recepción. Quiere evitar, sobre todo, el ser inundada un día por las emisiones americanas. ■ **MARC GILBERT.** Fotos: FIEL y ARCHIVO.

corto o largo
ancho o estrecho de púas
con o sin mango
CAREY le ofrece el peine
que Vd. necesita



**ECONOMICO
IRROMPIBLE
SUAVE
BELLO**



CAREY

el peine de la tortuga

Fabricado por IPECSA Carretera de Aragón Km. 11,300 - Madrid-22